



Virginia Woolf

foto de Gisèle Freund

9



El guardián del umbral

7

Guillermo Busutil

Vidas prometidas



11

año 4
número 18
sept. - nov. 2011
10000 ejemplares

Paréntesis

El periódico literario



Otra forma de volar

cacmálaga

Centro de Arte Contemporáneo

Mónica Bonvicini

hasta el 13 de noviembre

Poemas de Nabokov y Enzensberger

3

4 *El faro*, de Juan José Arreola

El punto de apoyo, de Kjell Askildsen

5

6 Impunidad lingüística

Incontables formas de lo mismo

7

8 Talante III: María

10 Hube de estar con uve de olvido
Las niñas alegres (G. Brassens)



De Niro

8



Periódico Paréntesis

C/Sánchez Pastor, 1, 1ª dcha.
29015 Málaga
Tlf. 952 60 82 44

www.tallerparentesis.com
periodico@tallerparentesis.com

Director
Rafael Caumel

Consejero
Antonio Almansa

Coordinadora
Lola Lorente

Delegado
Jorge Rosa

Redacción
Poesía de Siempre y de Hoy:
Montserrat López,
Paco Doblas
y otros

Prosa de Siempre:
Antonio Almansa,
Rafael Caumel
y otros

Prosa de Hoy:
Pablo Betancourt
y otros

Viajes y Literatura:
Pedro Rojano,
Rafael Caumel

Música y Literatura:
Damián Marrapodi,
Jorge Rosa
y otros

Escritura y Psicoanálisis:
Emilio Mármol
y otros

Taller de Escritura:
Rafael Caumel

Crítica literaria:
Antonio Almansa
y otros

Microtextos:
Damián Marrapodi,
Eugenia Carrión,
Lourdes Díaz
y otros

Cine:
Sergio de los Santos
y otros

Relato por entregas:
Ada Valero

Entrevista:
Lola Lorente,
Rafael Caumel
y otros

Diseño y Maquetación:
Rafael Caumel

Asistencia gráfica:
Damián Marrapodi

Caída libre

Pablo Betancourt

Hace doce años, compartía vida con una pelirroja chata que era lo más parecido que encontré a una media naranja. Nos unían las camisetas XL y la forma de ver el mundo, en gajos.

Aunque dicen que el amor calienta, al nuestro le debían faltar octanos para combatir la cristalería simple de mi piso, así que decidimos cambiar las ventanas por unas con climalit. No quisiera pecar de plano pero, como ella era contable y yo me ganaba el pan con la ofimática, a los dos nos pareció idóneo el modelo con palillería.

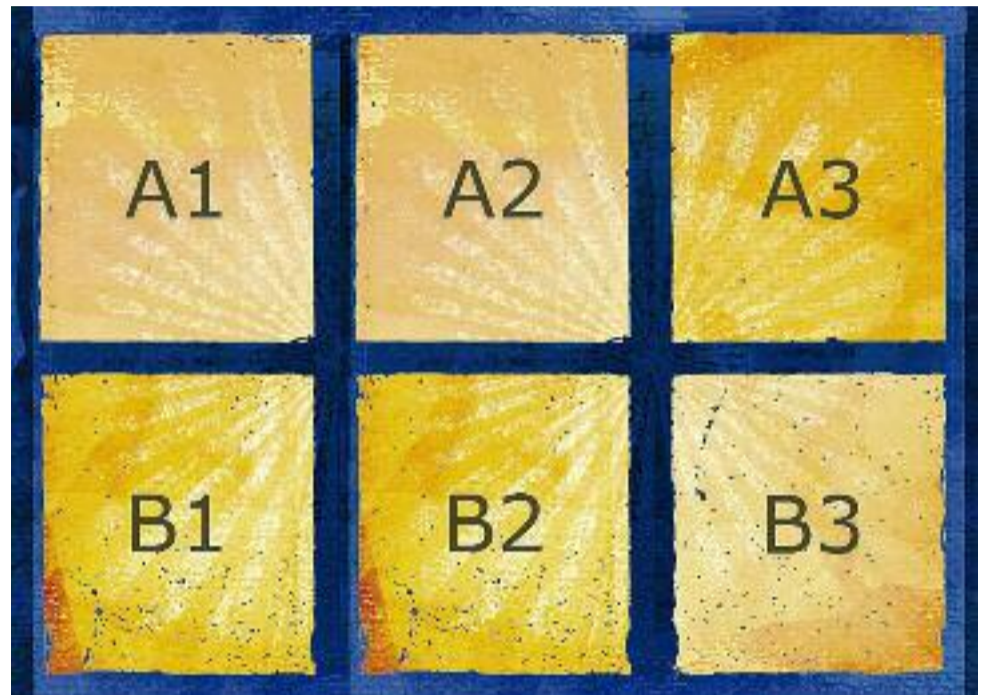
La instalación trajo novedades a casa. Ya no era necesario que nos juntásemos en el sofá bajo una manta y descubrí que, en la habitación que yo usaba como despacho, podía soportar el invierno aunque el radiador se quedara en el salón. Me dio por escribir y ella no tardó mucho en pedirme la parte que había puesto del importe de la carpintería. Estaba harta de esperar a un tipo que no salía de su cuarto, así que se marchó con un funcionario de Hacienda.

El otro día me di cuenta de que odiaba tanto junquillo cuadrículando la vista, aunque esta sea la cajonera formada por las ventanas del piso de enfrente. Entendí que, en los últimos años, algo ha cambiado en mí y busco amplitud de

miras. Unos ventanales grandes y lisos encajarían mejor con mi actual forma de ser. Mientras espero el momento de arreglarlo, abro a tope la persiana, observo la hoja de cálculo que plantea y me pregunto cuál será el producto de la celda A1 (la preciosa morena del quinto) y la B3 (un calvo casado que sale a la terraza a fumar), y sospecho que en C4 la suma de las casillas C2, un marroquí con tres esposas, y C3,

una familia de kikos, arroja una indeterminación.

Hay que ver cuánto puede cambiar la forma de entender la vida. A veces ni te percatas, pero otras, caes en la cuenta y te llevas dos sorpresas. La primera, la alegría de comprobar que, aunque temías serlo, no eres un marmolillo. La segunda viene del motivo por el que descubriste el cambio: algo tan tonto como la palillería de unas ventanas.



Cartas de los lectores

cartasdelectores@tallerparentesis.com



Reclamación de Autismo España

Consideramos necesario comunicarles que la portada del nº 17 de su periódico pone de manifiesto una posible falta de sensibilidad hacia las personas con este trastorno.

Entendemos que la imagen de la portada, al utilizar la palabra autismo (suponemos como sinónimo de silencio) lo hace para representar algo negativo contra lo que se debe luchar pero que asociado a la palabra "autismo", y por

tanto ineludiblemente ligado también a la imagen de las personas con TEA (Trastorno del Espectro del Autismo), consideramos que es inadecuado y que vulnera el derecho de las personas con TEA a un trato digno contribuyendo, además, a dificultar su integración social y cualquier tipo de normalización, que no se producirán mientras el término se utilice como sinónimo de algo negativo por parte de las personas que trabajen en los medios de comunicación.

Por todo ello, les rogamos que cuiden las formas de expresión y el vocabulario utilizado en sus artículos y tengan la sensibilidad suficiente hacia las personas con TEA para garantizar su tratamiento desde la ética y rigurosidad que su responsabilidad como medio de comunicación debe requerirles.

Confederación Autismo España

Respuesta:

Lamentamos que la portada haya podido molestar a personas que sufren en su entorno las consecuencias del TEA. Hemos empleado este término, en la primera acepción que recoge el diccionario de la RAE, porque define perfectamente uno de los males que promueve nuestra sociedad: el repliegue de la persona sobre sí misma.

Ustedes, desde su asociación, y los familiares de enfermos de TEA, en su propia casa, luchan a diario a favor del autista. Es decir, contra su trastorno. Es lo mismo que, en otra esfera, pretendemos nosotros en contra del aislamiento y la incomunicación.

Por este motivo, creemos que nuestra sensibilidad es similar a la de ustedes, y que, bien entendido el titular, ambas partes tenemos más cosas en común que diferencias.





NEOÁTICA

SERVICIOS PROFESIONALES PARA INTERNET

DOMINIOS · DISEÑO DE WEBS · ALOJAMIENTOS · APLICACIONES ONLINE

Contacto · Correo electrónico: info@neoatica.com · Web: www.neoatica.com
· Telf: 952 60 29 59

Vladimir Nabokov

Poemas desde el exilio (Editorial Pre-textos, 15€)

Así lo creíamos

NOSOTROS creíamos tanto en el vínculo de la existencia, pero ahora, miro hacia atrás y, sorprendentemente, me pareces, juventud mía, que por tu colorido no me perteneces y por tus rasgos no eres válida.

Si se piensa, es como si la bruma de las olas se encontrara entre tú y yo, entre encallar y hundirse; o como ver una línea de postes y a ti de espaldas, en bicicleta, yendo directamente hacia el ocaso.

Tú no eres yo hace mucho tiempo, eres un esbozo, el héroe de cada primer capítulo, pero cuántos años creíamos en la continuidad del camino, desde el húmedo valle hasta el alto brezo.

Tasio Peña



Poesía de Hoy

Hans Magnus Enzensberger

Pura música (Editorial Visor, 8€)

El veneno

No como era antes, redondo,
poco, un grano, cerrado
como una baya, como un guisante,
pequeño, oculto en un anillo,
una cápsula, privado, mínimo,
secreto como una idea fija,

sino evidente como un mar,
algo de peso y normal,
por doquier repartido, como el viento
desatado, nublado, inodoro
y tan imposible de captar, omni-
presente, como antes Dios,

que pesa una pizca privada,
menos, cada vez menos,
como un guisante, secreto,
como una belladona
en el pecho, cerrado
como una idea fija.



Si desea publicar un poema, cuento o microrrelato, envíelo junto a su nombre, apellidos y teléfono a colaboraciones@tallerparentesis.com. Paréntesis incluirá los mejores en los siguientes números del periódico.

MONICA BONVICINI

9 septiembre
13 noviembre 2011

SATISFY ME

cacmálaga

Centro de Arte Contemporáneo

Ayuntamiento
de Málaga



Colabora:



Paréntesis

El faro, de Juan José Arreola (1918-2001)

Lo que hace Genaro es horrible. Se sirve de armas imprevistas. Nuestra situación se vuelve asquerosa.

Ayer, en la mesa, nos contó una historia de cornudo. Era en realidad graciosa, pero como si Amelia y yo pudiéramos reírnos, Genaro la estropeó con sus grandes carcajadas falsas. Decía: "¿Es que hay algo más chistoso?" Y se pasaba la mano por la frente, encogiendo los dedos, como buscándose algo. Volvía a reír: "¿Cómo se sentirá llevar cuernos?" No tomaba en cuenta para nada nuestra confusión.

Amelia estaba desesperada. Yo tenía ganas de insultar a Genaro, de decirle toda la verdad a gritos, de salirme corriendo y no volver nunca. Pero como siempre, algo me detenía. Amelia tal vez, aniquilada en la situación intolerable.

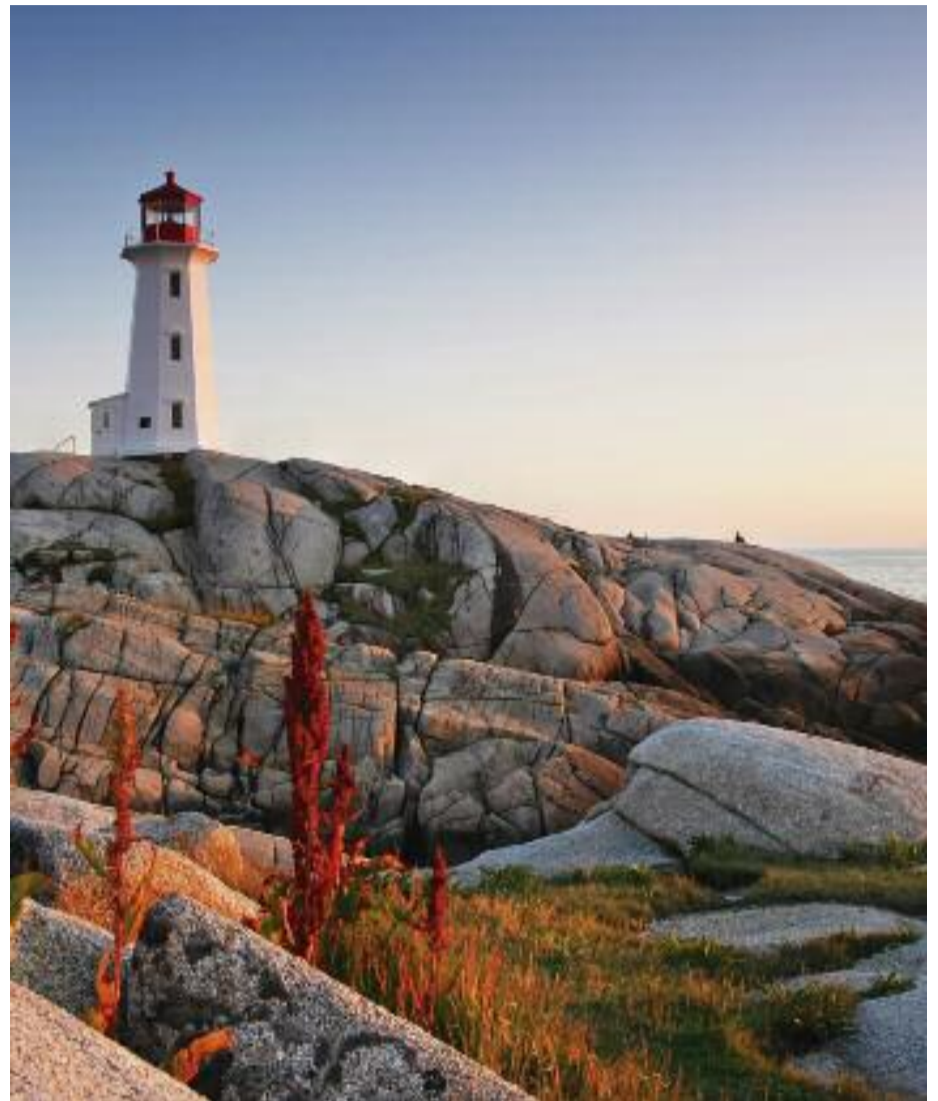
Hace ya algún tiempo que la actitud de Genaro nos sorprendía. Se iba volviendo cada vez más tonto. Aceptaba explicaciones increíbles, daba lugar y tiempo para nuestras más descabelladas entrevistas. Hizo diez veces la comedia del viaje, pero siempre volvió el día previsto. Nos absteníamos inútilmente en su ausencia. De regreso, traía pequeños regalos y nos estrechaba de modo

inmoral, besándonos casi el cuello, teniéndonos excesivamente contra su pecho. Amelia llegó a desfallecer de repugnancia entre semejantes abrazos.

Al principio hacíamos las cosas con temor, creyendo correr un gran riesgo. La impresión de que Genaro iba a descubrirnos en cualquier momento, teñía nuestro amor de miedo y de vergüenza.

La cosa era clara y limpia en este sentido. El drama flotaba realmente sobre nosotros, dando dignidad a la culpa. Genaro lo ha echado a perder. Ahora estamos envueltos en algo turbio, denso y pesado. Nos amamos con desgana, hastiados, como esposos. Hemos adquirido poco a poco la costumbre insípida de tolerar a Genaro. Su presencia es insoportable porque no nos estorba; más bien facilita la rutina y provoca el cansancio.

A veces, el mensajero que nos trae las provisiones dice que la supresión de este faro es un hecho. Nos alegramos Amelia y yo, en secreto. Genaro se aflige visiblemente: "¿A dónde iremos?", nos dice. "¡Somos aquí tan felices!" Suspira. Luego, buscando mis ojos: "Tú vendrás con nosotros, a dondequiera que vayamos". Y se queda mirando el mar con melancolía.



Agrimensor Bene Nio, de Juan Rodolfo Wilcock (1919-1978)



Es notable la cantidad de partes y de órganos que puede perder una persona y aun así seguir incólume, o casi. Como una estatua antigua, con apenas cincuenta y cinco años de edad el agrimensor Bene Nio ya ha perdido las piernas y los brazos, buena parte de la pelvis, el hombro derecho, además le falta casi toda la mitad izquierda de la cabeza y también el ojo y la oreja derechos, y por eso ya no ve ni oye; le ha desaparecido la nariz, y la lengua —o lo que queda de ella— está parcialmente al descubierto y se le ha endurecido de modo tal que no se entiende bien lo que dice. Vive sentado, si puede decirse así, en una especie de silla de ruedas que parece más bien un carrito para hacer las compras, y dentro de este carrito, embutido y atado para evitar que se caiga, está el agrimensor Nio. Manos solícitas lo llevan de un lado al otro, oídos todavía sanos escuchan sus órdenes y las interpretan; porque el agrimensor, afecto desde siempre a las tareas del campo y a los nuevos métodos de avanzada, es hombre de una actividad envidiable. Es dueño de una serie de cañadas, montes y barrancos en el Alto Lazio, terreno arcilloso y friable que el agrimensor Nio se ha propuesto sanear con numerosos proyectos que

le ocupan todo su tiempo. Antes que nada, el proyecto de irrigación, que se nutre de dos grandes manantiales permanentes existentes en la propiedad y que en pocos años promete transformar esos desiertos en una tierra prometida. Luego, el proyecto de forestación que, con la ayuda de la Dirección Forestal, transformará en pocos decenios esa tierra prometida en un jardín colgante. Mientras tanto el agrimensor Nio está haciendo cercar todo con sólidos postes de cemento y con una red de dos metros de alto, para después meter dentro toda clase de animales y de aves exóticas, y transformar ese jardín colgante en un Edén. El proyecto de riego prevé una hermosa piscina olímpica para uso particular del agrimensor (o de lo que queda de él), ya que el agua de los manantiales es más que abundante. Después construirá, en los puntos más panorámicos, media docena de pabellones de caza o de descanso, comunicados entre sí por cómodos senderos asfaltados; todos contarán con luz, teléfono y demás servicios indispensables para la vida moderna. El agrimensor Nio piensa terminar este paraíso en apenas veinte o treinta años, luego de lo cual espera vivir allí: después de todo aún es joven.

El punto de apoyo, de Kjell Askildsen (Todo como antes, Ediciones Lengua de Trapo, 8 €)

Hace unos meses vino a verme mi casero. Llamó tres veces a la puerta antes de que me diera tiempo a abrir, y eso que fui lo más rápidamente que pude. No podía saber que era él. Por aquí viene muy poca gente, casi todos miembros de sectas religiosas que me preguntan si estoy en paz con Dios. Me produce cierto placer, pero nunca les dejo pasar de la puerta, pues la gente que cree en la vida eterna no es racional, no se sabe lo que puede llegar a hacer. Pero esta vez era, como ya he dicho, el casero. Le había escrito hacía casi un año para informarle de que la barandilla de la escalera estaba rota, y pensé que venía por eso, así que le dejé entrar. Miró a su alrededor. «Vive usted bien aquí», dijo. Era una afirmación bastante tendenciosa, que me hizo ponerme a la defensiva. «La barandilla de la escalera está rota», dije. «Sí, ya lo he visto. ¿La rompió usted?» «No, ¿por qué yo?» «Supongo que es el único que la usa, porque, aparte de usted, solo vive gente joven en este portal, y no creo

que se haya roto sola, ¿no?» Era obviamente una persona intratable y no quise entrar en ninguna discusión con él sobre cómo y por qué se estropean las cosas, de modo que dije escuetamente: «Como usted diga, pero yo necesito esa barandilla, estoy en mi derecho». No contestó nada a eso, a cambio, dijo que subiría el alquiler un veinte por ciento a partir del mes siguiente. «Otra vez —dije—, y un veinte por ciento nada menos.» «Debería ser más —contestó—, esta finca no produce más que pérdidas, pierdo dinero con ella.» Hace mucho que dejé de discutir de economía con personas que dicen perder dinero con algo de lo que podrían haberse desprendido hace treinta años, de modo que no dije nada. Pero no le hizo falta argumento alguno para seguir con el tema, es de ese tipo de personas que funcionan solas. Se puso a disertar sobre todas las demás fincas que también daban pérdidas, resultaba lamentable escucharle, debía de ser un capitalista muy pobre. Pero no dije

nada, y por fin cesaron las lamentaciones, ya iba siendo hora. En cambio me preguntó, sin ninguna razón aparente, si creía en Dios. Estuve a punto de preguntarle a qué dios se refería, pero me limité a negarlo con la cabeza. «Pues tiene que hacerlo», dijo, así que después de todo había dejado colarse a uno de ellos en mi casa. En realidad no me sorprendió, pues es bastante corriente que la gente con muchas propiedades crea en Dios. Ahora bien, no quise darle pie para que pasara a otro tema, pues había tomado la firme determinación de no dejar pasar a los evangelistas de la puerta, de modo que no le dejé seguir. «Así que sube el alquiler un veinte por ciento —dije—, presumo que ese es el motivo de su visita.» Al parecer, mi resistencia le pilló de sorpresa, pues abrió y cerró la boca un par de veces sin que saliera de ella sonido alguno, algo, me imagino, poco corriente en él. «Y espero que se ocupe de arreglar la barandilla», proseguí. Se puso rojo. «La barandilla, la barandilla —dijo

impaciente—, vaya lata que está dando con la barandilla.» Me pareció muy mal que dijera eso y me irrité. «Pero ¿no entiende usted —dije—, que en algunas ocasiones esa barandilla es mi punto de apoyo en la vida?» Me arrepentí nada más haberlo dicho, pues las formulaciones precisas deben reservarse para personas reflexivas, si no, pueden surgir complicaciones. Y surgieron complicaciones. No tengo fuerzas para repetir lo que me dijo, pero en su mayor parte trataba del más allá. Al final añadió algo sobre estar con un pie en la tumba, se estaba refiriendo a mí, y entonces me enfadé. «Deje ya de molestarme con su economía», le dije, porque en realidad era de lo que se trataba. Como no se disponía a marcharse, me permití dar un golpe en el suelo con el bastón. Entonces se marchó. Fue un alivio, me sentí contento y libre durante unos cuantos minutos, y recuerdo que me dije a mí mismo, para mis adentros, claro: «No te rindas, Thomas, no te rindas».



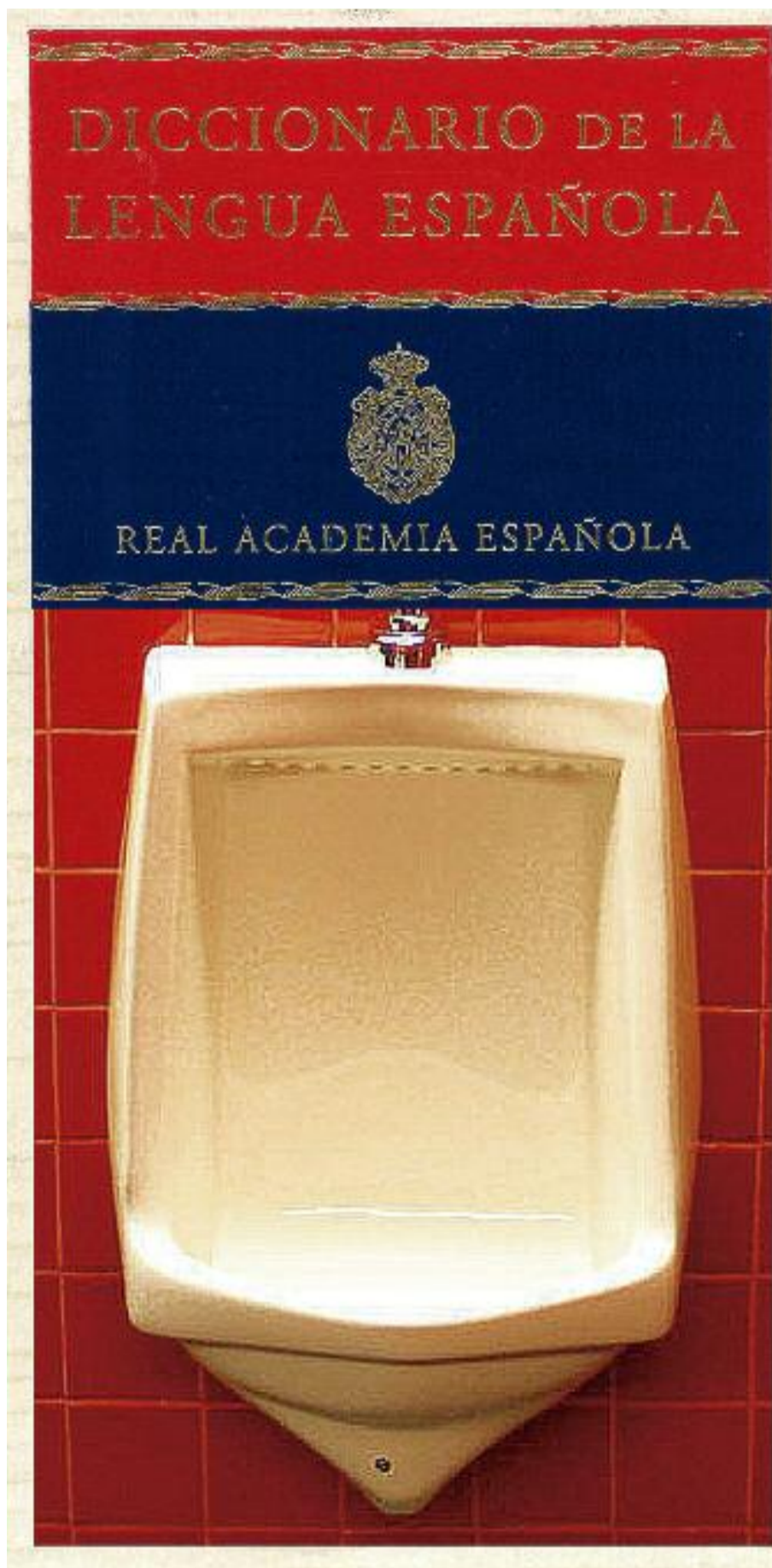
Impunidad lingüística

Como se sabe, la Real Academia Española no legisla. Al no tener competencias para dictar normas de obligado cumplimiento, solo "limpia, fija y da esplendor", según reza su lema, y para ello, en sus abundantes publicaciones (diccionarios, compendios de gramática, manuales, etc.) recomienda, aconseja, orienta, sugiere, describe, prefiere una forma a otra o, como mucho, afirma que determinado empleo lingüístico es correcto o no lo es. Pero su poder de obligar en un sentido u otro a quienes contravienen sus normas es absolutamente nulo. Carece por completo de fundamento la inquina que tradicionalmente se le ha tenido a la RAE por parte de quienes la consideraban una especie de tribunal distribuidor severo de sentencias condenatorias y rigideces dictatoriales. Recordemos la anécdota de aquellos poetas de la generación del 27 que, siendo jóvenes, se jactaban de haber hecho aguas menores contra los muros del palacete próximo al Retiro madrileño, en un gesto de rebeldía sin causa, y que, ya curados de aquel sarampión como excelentes profesores de filología hispánica, entraron en la misma sede por la puerta grande para ocupar los más altos cargos de la institución.

Curiosamente, en un mundo donde cualquier empresa, organismo, agencia o institución nos impone normas cada día más enrevesadas, la RAE es una de las raras corporaciones de ámbito general que no nos obliga de ninguna forma a obedecerla. Pretende persuadir, pero predica en el desierto, porque nadie se ve privado del uso de la palabra o de publicar un artículo y hasta una novela por el hecho de haber cometido errores de bulto al hablar o al escribir.

En mi opinión, es una lástima que una institución encargada nada menos que de velar por el buen estado de una lengua como el español no cuente con ningún dispositivo, no diré que castigue (sin hablar ante el micrófono durante una semana, sin publicar una página durante un mes, etc., como se nos castiga sin línea telefónica, sin crédito, sin acceso a una página de internet o sin carnet de conducir), pero sí que afee lo mal que emplea el español una locutora de televisión o lo poco que consultan los periodistas su libro de estilo.

La RAE nos ofrece gruesos volúmenes llenos de sabiduría lingüística, pero de nada sirve ese esfuerzo tan encomiable si nadie remedia de manera eficaz que sigamos escuchando en los medios audiovisuales expresiones como "punto y final", "pensó de que no lo haría" o "yo me parece que sí". Los medios de comunicación tienen un poder de persuasión mucho mayor, lamentablemente, que el de nuestro sistema educativo. Por más que un profesor explique en clase que el verbo "preveer" no exis-



te, que es una simple contaminación de "proveer", y que se conjuga como "ver" ("previendo", no "preveyendo"), si los alumnos lo leen en un titular de periódico prestigiado o lo escuchan en la voz de la esfinge del telediario, ¿a quién van a hacer caso? Y no digamos si su ídolo deportivo proclama "hemos decidido de que lo vamos a hacerlo mejor". Ya puede la ortografía académica señalar que el topónimo Campoo no necesita tilde alguna: los diarios del país entero citan a un político de apellido *Feijóo*, sin darse cuenta de que por la misma lógica tendrían que poner tilde en palabras como "cae", "tea", "feo" o "emplee".

Pero no son solo los periódicos o noticieros radiados o televisados los que emplean nuestra lengua con el descuido propio del apresuramiento o la falta de interés; próceres de nuestra literatura, hablando y escribiendo, emplean sin recato alguno, al inicio de un enunciado, lo que alguien ha llamado "infinitivo viudo", es decir, privado del resto de la perífrasis donde tendría sentido: "Por último, decir que mañana empezaremos...", o "Señalar que no hay preguntas", o "Recordar que es imprescindible...".

Precisamente lo que así se suprime es la flexión del otro verbo que marca matices o intenciones, y al

quedar solo el pobre infinitivo retrocede hasta el lenguaje "indio" de películas del Oeste americano.

Por lo que se refiere a la línea melódica de nuestra lengua, y volviendo a los medios de comunicación, muchos periodistas se empeñan en emplear un tonillo uniforme y robótico, un corsé prosódico amorfo y ajeno a nuestra lengua. Es curioso advertir el contraste entre el periodista que nos aburre con ese semitono inexpressivo y cualquier persona a la que entrevista y que nos habla con un español entonado coherentemente, quizás con particularidades fonéticas muy marcadas, pero pronunciado por alguien que dice algo, no por un dispositivo que emite sílabas indiferenciadas en una secuencia plana hostil a nuestro oído.

En alguna ocasión, el que fue director de la Real Academia Española, Víctor García de la Concha, hizo referencia pública a estos fenómenos descontrolados y deformantes, pero, por supuesto, su queja se expresaba con la buena educación y los exquisitos modales de la casa: se recomienda, se aconseja, etc. En ningún modo pretendía amonestar.

Es una lástima que nadie reprenda a tantos escritores españoles por olvidar las tres posiciones del deíctico de lugar: aquí, ahí y allí, para reducirlas a dos: aquí y ahí. Se admite como normal "Alejandro llegó a la India y ahí se detuvo", cuando el allí sería obligado. ¿Se debe a la influencia del inglés, que resuelve todos los casos similares con here y there? ¿No sería necesario recordárselo con cierta autoridad a quienes hacen de la lengua española su oficio?

No, la RAE no es autoritaria ni coercitiva. Ni siquiera puede condenar a nadie a pasar una temporada en aquella "cárcel de papel" que hizo famosa la venerable Codorniz. Menos aún podría imponerse en la lluvia anárquica de escritos que nos llegan por la pantalla del ordenador, donde diariamente se nos saluda con un "Hola Pedro", sin coma. No hablo del lenguaje abreviado de los blogs o los mensajes de teléfono móvil, que al fin y al cabo tienen un sentido circunstancial y privado, sino a los rótulos, subtítulos, escritos o declaraciones institucionales, a esa multitud de ocasiones en que lo dicho o lo escrito debería llegarnos, si no con esplendor ni rígidamente fijado, al menos limpio.

Nadie discute que "el uso [sea] árbitro, juez y dueño en cuestiones de lengua", según la cita de Horacio que la RAE recoge en el Preámbulo a su Diccionario (2001). Pero sería preferible que fuera el buen uso, y no el claramente defectuoso, el que imprimiera en la lengua modismos enriquecedores, cambios fértiles y evoluciones inesperadas.

El guardián del umbral

Una de las figuras arquetipo de la narrativa es el guardián del umbral. Representa el obstáculo que el protagonista debe vencer para adentrarse en una nueva situación. Puede ser un personaje (un cerbero que protege la puerta al mundo de la aventura) o, en su vertiente psicológica, una dificultad o resistencia del protagonista (quien, por ejemplo, ya no ama a su pareja y duda si afrontarlo para cambiar su vida).

Al escribir, los guardianes aparecen cuando no nos atrevemos a contar algo por temor a las reacciones que pueda provocar en los allegados o, de manera más pertinaz y oculta, en nuestra resistencia a cambiar la forma de ver el mundo y, por tanto, de entendernos a nosotros mismos. El guardián del umbral se destapa en nosotros cada vez que vislumbramos cambios.

En un taller también hay guardianes. La propuesta habitual de los cursos de escritura es la de ofrecer técnicas, supuestamente neutrales, para redactar mejor. Se atiende, desde este planteamiento "aséptico", solo a los aspectos formales, como si se pudiese separar la forma del contenido. Es la manera más cómoda de evi-



tar un encuentro con algún guardián. Un (des)enfoque, este de mirar hacia otro lado, que parece convenir a profesores y alumnos. A los primeros porque les ahorra molestias y prolonga su imagen simpática. A los últimos porque así evitan revisar sus esquemas mentales y, por tanto, enfrentarse con la ideología adquirida. ¿En qué lugar queda entonces el trabajo

de revisión y crítica que aporte a los futuros lectores otra forma de ver las cosas?

Escribir sin ninguna variante lo que ya se ha escrito, volver a leer lo que ya se ha dicho, no tiene el menor interés. Por eso es crucial dedicar tiempo a estudiar la elección del tema y desde qué perspectiva se va a abordar. Hay que atreverse a hablar y a escuchar. No con el ánimo de organizar un debate, sino con la intención de poner propuestas sobre la mesa para que cada uno medite sobre ellas y llegue a sus propias conclusiones. Es insensato buscar la uniformidad cuando una de las claves fundamentales de un buen texto está en la forma particular de tratar el tema.

Un taller que no se atreva a proponer controversia solo puede uniformar: enseñar a contar de forma correcta lo mismo de siempre. Para no caer en esta trampa, hay que exigirle al profesor que sea atrevido. Al profesor y al alumno, que también debe atreverse a cuestionarse. Quien esté muy seguro de sus ideas y no quiera ser "molestado", es mejor que, en lugar de a un taller de escritura, se apunte a bailar salsa y dedique su tiempo libre al *egosurfing*.

Escritura y Psicoanálisis

Emilio Mármol

Incontables formas de lo mismo

Hay un lado no tan evidente, quizá enigmático, que tiene el disfrute de objetos tan peculiares como un relato, un poema o un aforismo.

Los humanos encontramos satisfacción en esos objetos sutiles, y esto nos lleva a pensar que el hombre es tributario de "necesidades" que no son cubiertas por elementos objetivamente materiales. Todos sabemos de las propiedades del amor, también de la conocida frase: "no solo de pan vive el hombre". Es cierto que nos nutrimos y satisfacemos con objetos inmateriales cuyo soporte puede ser la palabra, y en especial la palabra escrita. Y en ese nutrirse está implicado todo el individuo, tanto como en cualquier otra satisfacción corporal. Este modo de antropofagia que es el consumo de los escritos es, como sabemos, un mercado lleno de suculecias; y a la producción de estos apetitosos objetos nos dirigimos para tratar de vislumbrar algún elemento común en sus fabricantes, que son, en este caso, los escritores.

El escritor no solo pone en el mundo un "nuevo objeto"; previamente lo extrae, como la araña su tela, del centro de su ser. Este centro al que apuntamos no es otra cosa que la realidad de lo psíquico, fundamentalmente inconsciente. Y es bastante notorio que una de las vertientes de su funcionamiento es más bien poco creativa, que presenta una insistencia monótona en reproducir o encontrar una realidad que es obstinadamente la misma. Efectivamente, esto produce malestar, son los conocidos síntomas y trastornos, o las situaciones que "endiablidamente" se nos repiten, de las que solemos quejarnos sin saber bien el porqué de su aparición más allá de nuestra voluntad o intención.

Esta vertiente de "lo mismo", repetitiva, proyecta una enorme sombra sobre todo proceso creativo y se presenta en diferentes tonos fácilmente reconocibles como "el sentimiento de que se agotó la inspiración", "los bloqueos" o "la angustia ante la página en blanco", entre otros. Es decir, que encon-

tramos de entrada este obstáculo en la producción de lo escrito que ha de ofrecerse como objeto apto para ser socialmente compartido.

Tomamos al escritor como ejemplo de creador que transforma lo privado e "intransferible" en objeto de cultura y de disfrute colectivo. Y eso ha de producirse venciendo esa inercia de lo psíquico. Porque ese objeto, ese escrito, que primero es íntimo, para ser disfrutado por los demás, para que los demás puedan asumirlo como propio, tiene que seguir el mismo camino de todos los otros objetos de disfrute colectivo: debe pasar de ser gozado íntimamente por su creador a que éste pueda desprenderse de dicho goce, de dicho objeto. Elaboración de un goce íntimo que anule lo encarnado del mismo desprendiéndolo, produciéndolo para ofrecerlo al disfrute colectivo. Tal elaboración conforma una parte fundamental del proceso del escritor y de cualquier creador.

<p>Librería rayuela</p> <p>C/Cárcer, 1 29008 Málaga 952 219697 952 220786 www.libreriarayuela.com rayuela@libreriarayuela.com</p>	<p>AGAPEA LIBROS URGENTES</p> <p>Avenida Doctor Manuel Dominguez, 6 29010 Málaga</p> <p>951 020 502 www.agapea.com</p>	<p>lasdescalzas papelería - librería copistería</p> <p>Plaza Las Delcalzas, 2 Antequera 952 844 339 info@lasdelcalzas.com</p>	<p>PROQUO</p> <p>C/Juan Villarazo, 28 Campus de Teatinos 29010 Málaga 952 612 871 www.proquo.com info@proquo.com</p>	<p>CINCO ECHEGARAY MÓVILES</p> <p>C/Echegaray, 5 29015 Málaga 952 60 93 52 www.cincoechegaray.com cincoechegaray@yahoo.es</p>
--	---	--	---	--

Toro salvaje, de Martin Scorsese (1980)

Después de rodar *The Last Waltz* (El último vals), una extraordinaria película-documental sobre la despedida del grupo musical *The Band* —que cambió el modo de filmar la música y a sus intérpretes—, Martin Scorsese finalizó *New York, New York*, una extraña historia ambientada en los 40 que interesó a pocos y causó un descalabro económico a United Artists. ¿Qué clase de director quería ser? ¿Un clásico de Hollywood o “de culto” a la europea? Sufrió una compleja crisis existencial contra la que se aplicaba un plan sencillo: taladrarse el estómago con alcohol y dejar KO a su hígado. Tocó fondo en un hospital.

Robert De Niro —su hermano, su amigo— visitó a Scorsese en el hospital; apareció con un esbozo de guión bajo el brazo y una obsesión: recrear la vida del irreplicable y autodestructivo boxeador Jake La Mota. Sin más preámbulos, le insistió: “Sabes que puedes hacer esta película. ¿Quieres hacerla?”. Finalmente Scorsese accedió. No sabía nada sobre boxeo. Fue a ver un par de peleas y retuvo las imágenes de la esponja y de las cuerdas goteando sangre: quería esa realidad pero también darle un giro emocional narrando la cruel historia de alguien que fracasa al triunfar. Creyó que iba a ser su último largo y un reflejo de su propia vida: cuando se toca fondo —debió de pensar— sólo queda el impulso. Creó secuencias e imágenes sin concesiones que confirmaron su maestría. *Toro salvaje* fue y es un referente que ningún director

puede eludir.

Scorsese y De Niro buscaron a Paul Schrader, el genial e inquietante guionista de *Taxi Driver*, que organizó y pulió el guión. Todo estaba preparado para rodar, aunque United Artists desconfiase de la oportunidad del proyecto, más aún cuando sus directivos supieron que iba a ser filmada en blanco y negro.

Toro salvaje es un gancho directo contra —además de los costados sudorosos de La Motta o sus adversarios— el compulsivo comportamiento humano. Aunque puedan encon-

trarse miles de detalles geniales durante el metraje, no se hallarán justificaciones ni alegatos morales: ni una sola sugerencia para empatizar con La Motta y sus violentos y obsesivos ataques de celos descritos en angustiosas secuencias a cámara lenta; si acaso, un retrato compasivo por el hombre acabado. Un desolado contraste entre el triunfo social por no morder la lona frente a Sugar Ray y el desprecio al tumbar a golpes a su familia y a su propia vida.

Quizá el director nos permite intuir que Jake La Motta pueda ser simple-

mente un paleta, un desorientado en el teatrillo que otros inventaron para escenificar el sueño americano. Un ganador en el ring, incómodo consigo mismo fuera del cuadrilátero e incapaz de iluminar con los focos del éxito sus rincones más oscuros. No en todas las esquinas de la vida, el respeto y la dignidad se consiguen a golpes.

Scorsese fue lúcidamente excesivo en las escenas de combate y austero al rodar la vida personal y familiar del púgil. Una íntima redención donde se filman los golpes en primera persona —como si los mereciera él mismo—, con un montaje cuidado y un sonido espectacular en cada bofetada. De Niro pasó 18 meses poniéndose en forma para dar el tipo. Poco después tuvo que engordar 30 kilos para encarnar al La Motta de las últimas secuencias, que acaba en garitos de tercera recitando versos de Shakespeare para borrachos de poca monta. Pero también ganó un Oscar, y que su interpretación fuese considerada como una de las diez mejores de la historia del cine.

Es obvio que Scorsese superó su crisis de 1979, sabemos que *Toro Salvaje* le sirvió. El director afirma que después de rodar la película, un buen día se levantó y descubrió que simplemente había sobrevivido. Sin heroicidades. Cuando *Toro salvaje* se estrenó, la revista *Variety* dijo que: “Martin Scorsese hace películas sobre tipos de gente que no querrías conocer”. Bien por Martin.



Paternidad irresponsable

Ada Valero

3. María

María: según mi hija, una lumbrera. La compañera que va a ayudar a Clara a sacarse el curso. *Papá, lo tiene todo sobresaliente*, me repite para que la deje quedarse por las tardes y alguna que otra noche a estudiar. Ni que lo jures, contesta inaudible mi maltratada testosterona.

Cuando la conocí, fue preocupación paternalista lo que experimenté: *Esta chiquilla se va a pillar una pulmonía con esos tops minúsculos*. En sucesivas visitas, distraje el rumbo de mis ojos enredándome en reflexiones sobre el estereotipo de las Lolitas. Mis voces interiores debatían, defen-

diendo unas la inocencia de la chica y su inconsciencia, y convencidas otras de que la niña se exponía como en un escaparate de carne fresca, bien instruida ya en el uso de sus armas de seducción. Y qué armas, exclamaba la última de mis voces interiores, la favorita de mi psicoanalista.

La culpa es de mis colegas. Se presentan por sorpresa para la final de la *champions* y ya la hemos liado. Ni la menor consideración con mi tierna hija. Entre el vocerío y las palabrotas, tenía que suceder; Clara asoma por la puerta de su habitación, se queja de que no la dejamos estudiar y a su espalda aparece María, a la que resulta que le interesa el marcador del partido. No se me escapan las miradas libidinosas de los amigos. ¡Si podrían ser sus hijas! Pero las niñas se sientan en los brazos del sofá, gritan más que mis colegas y beben a morro unas cervezas, porque, claro, mis colegas son unos tíos peritas y un día es un día y, hombre, no seas aguafiestas, que el Barça en la final

es un acontecimiento...

María se tensa en cada aproximación a la portería; que el balón sale por la banda, pega un brinco, lanza la cabeza sobre las rodillas ahogando una palabrota y vuelve a su posición pasándome la melena por los morros. Y en el gol de Messi me abraza dando botes con los que me planta la generosidad de su escote en las narices. ¡Y qué escote, Dios mío!

Al día siguiente es la comidilla de la oficina. Un codazo cómplice por aquí, un guiño malicioso por allá y el bocazas de turno que se interesa por el abultamiento de mi bíceps derecho. Pero yo no soy un degenerado: no me fijo como ellos en el tanga que sobresale del vaquero, ni en la redondez prieta del culo, ni en el ombligo, ni en las manzanitas duras que tiene por pechos, ni en los labios carnosos.

Gentuzá. Si no de qué iba yo a pasar en vela cada noche que María duerme con Clarita. Implorando para que mi hija apruebe las recuperaciones. Temiendo que las apruebe.



Una habitación propia, de Virginia Woolf (Ed. Seix Barral, 11'50€)

Seix Barral Biblioteca Formentor

Virginia Woolf

Una habitación propia



El breve espacio de esta sección nos favorece para ir a lo esencial. A mi modo de ver es la propuesta de Virginia Woolf en la que incide, de manera evidente y latente, en nuestro libro recomendado *Una habitación propia* respecto al lenguaje, a las palabras y a los sentidos que ellas contienen y que entendemos como "naturales" e inalterables. Importancia mayor, la de las palabras, más allá de reivindicar algo de dinero y un lugar personal –entendiendo que no necesariamente individual– donde una mujer (o

un hombre) pueda escribir, pintar, idear música o cualquier otra tarea que requiera la concentración e intimidad necesarias; demandas razonables que se ajustan a un feminismo de la igualdad, no al de la diferencia que también reclama con acierto en otros pasajes de sus dos conferencias recogidas en el libro mencionado.

El ser humano está construido entre palabras, y sus sentidos son la argamasa ideológica que acepta o desprecia criterios; que explota y

humilla o comparte; que une o separa sociedades; que inculca desproporciones heredadas y ofensivas entre hombres y mujeres.

Al contrario de lo que ordena la ideología dominante, una mujer es menos mujer en tanto más resignada, receptora, intuitiva e ingenua (reparemos en la ingenuidad como "atractivo" femenino). Lo será más en tanto insurrecta, inteligente e innovadora, y cuente con un porvenir propio aparte de los que ayuda a fomentar en sus hijos.

Su acierto radical estará en la elaboración y apropiación de sentidos diferentes a los que impone el lenguaje; en su transformación en otros (no insulsos, como sugiere nuestra becaria Bibiana Aído, al distinguir entre miembros y miembras, o taxista de taxisto), sino en nuevas reflexiones sobre concepciones éticas y morales, sobre su sexualidad, su voz, la justicia o la economía.

Fue la utilización de su cuerpo para el placer del hombre y para la reproducción de fuerza de trabajo, según el análisis de Lévi-Strauss, lo que permitió que la humanidad pasara de un estado salvaje a otro de cultura ordenado por leyes (masculinas). No obstante en la vida social y cultural de nuestras sociedades occidentales las mujeres son, como denunció Simone de Beauvoir, "el segundo sexo", el sexo débil. Y sin embargo, aun siendo "débil", contiene una particularidad potente para su rebelión: la capacidad de romper la relación dual o binaria del discurso masculino imperante dado que, si desapareciese el explotado (su discurso femenino y complementario), el poderoso también carecería de lugar, no sería tal y le obligaría a convertirse en otra cosa. Por tanto, para comenzar, la mujer no debería preocuparse en cada momento por establecer, en su relación con cualquier interlocutor, su propia credibilidad, ya que no se trata de "demostrar" y requerir ningún beneplácito sino de, sencillamente, hacer.

El orden de nuestros intereses variaría si asumiéramos la complejidad de la propuesta implícita de Woolf: las palabras, el lenguaje, son el punto de partida. No existirá ningún

futuro que previamente no hayamos podido nombrar (nos sería imposible imaginarlo); y si se aspira a que ese futuro sea distinto, el contenido de las palabras también deberá serlo. De las palabras y sus combinaciones, con sus nuevos sentidos, es de donde pueden surgir relaciones novedosas que, aun desconociéndolas en todos sus aspectos, aspiramos a que sean más justas, más humanizadoras. Y el renacimiento del nuevo lenguaje será –no exclusiva, pero sí fundamentalmente– una labor que deberá surgir de las mujeres: desde el poder (el lenguaje impregnado de ideología masculina) sólo se aprobarán reformas, mejoras que perpetúen lo sustancial. Las revoluciones siempre las hicieron los dominados –hombres y mujeres– que se arriesgaron por alcanzar mejores condiciones de vida.

En *Una habitación propia*, Virginia Woolf nos habla de la fusión de los sexos cuando se trata de creación (recordemos su inquietante *Orlando*); de la imprescindible economía con la que deben contar las mujeres para su autodesarrollo, artístico o no; del espacio, costoso o modesto, que sirva para estar de acuerdo con la soledad y la íntima concentración. Y también, aunque parezca contradictorio al cotejar los capítulos del libro (el sexto con anteriores), no lo es al incorporar las diferencias, alentando a un lenguaje propio para expresarse sin tener que recurrir al masculino, el cual obedece a un temperamento y a una sensibilidad diferentes: "...Es funesto para una mujer subrayar en lo más mínimo una queja, abogar, aun con justicia, una causa; en fin, el hablar conscientemente como una mujer. Y por funesto entiendo mortal; porque cuanto se escribe con esta parcialidad consciente se está condenado a morir".

Y hay una oferta de alianza, adelantada a su tiempo, que ningún hombre (también cansados de serlo por sus presuntas condiciones "innatas" masculinas, igualmente impuestas) tendría que obviar: "Es lamentable ser un hombre o una mujer a secas; uno debe ser mujer con algo de hombre u hombre con algo de mujer..."

La Asociación Cultural Paréntesis convoca el

VI Concurso de Microrrelatos Paréntesis

Para autores de todo el mundo / Admisión hasta 30 de septiembre de 2011 / Bases expuestas en www.tallerparentesis.com

1.000 € al mejor microrrelato



Paréntesis

Hube de estar con uve de olvido

Reproduzco unas notas de mi diario. Solo han transcurrido tres años y no recuerdo lo que cuentan.

25/8/2008, 21:30, *Restaurant de L'arquebuse*, La Broche (Ginebra)

Menú con cordero y una copa de vino *Pourquoi Pas?*

Un sitio atractivo, aunque me extraña que solo estén ocupadas cuatro mesas y haya tanto ruido. Hubiese jurado que era algo impensable en este país. Al menos esa idea me formé en mi anterior visita, ¿en 1992?

La principal sorpresa de volver a Ginebra es que apenas la recuerdo; el *Jet d'eau*, los muelles y unas pocas postales desenfocadas más. Es como si nunca hubiese estado en estas calles, sino en otras pavimentadas de sueños que apenas guardan semejanza.

Yo había cerrado Ginebra. Tenía la certeza de que no volvería. Al fin y al cabo, hay mejores ciudades a las que regresar. Y ahora podría estar en cualquier otra parte diciendo que una vez estuve aquí, sin saber que este es el único lugar donde puedo descu-

brir que no estuve.

Pido otra copa de *Pourquoi Pas?* La camarera pregunta sonriente, por segunda vez, si deseo postre. Se produce una salpicadura de vino al servirlo y tres gotitas caen sobre el cuaderno. ¿Podré retener la ciudad impregnada en mi diario?

Aunque sé que no funciona, hoy hice algunas fotos. Son mejor que nada, pero se convierten rápidamente en imágenes ajenas, y cuando sales en ellas, no eres tú, es alguien más joven, un sobrino al que no conoces, o una broma pesada que viste y peina como tú nunca lo harías. Aquel que estuvo en Ginebra, se perdió, como la ciudad. No hay nostalgia en esto; está mejor en la sombra.

Mientras trato de recuperar cuando estuve, temo estar perdiéndome el presente. Vamos, estás pasando una buena noche. Te resarce de estos meses de sequía, de la desazón de creer que no sirves para escribir. En cuanto a la memoria... En ella sabes lo que hay, aunque difiera de la realidad. En el olvido, sin embargo, habitan muchas más cosas que no control; millones de momentos, miles de películas y libros de los que ni siquie-



ra recuerdo el título. En el olvido está todo.

Escribo y recupero lo olvidado, aunque luego no pueda identificar en mi ficción de dónde surgió la idea de

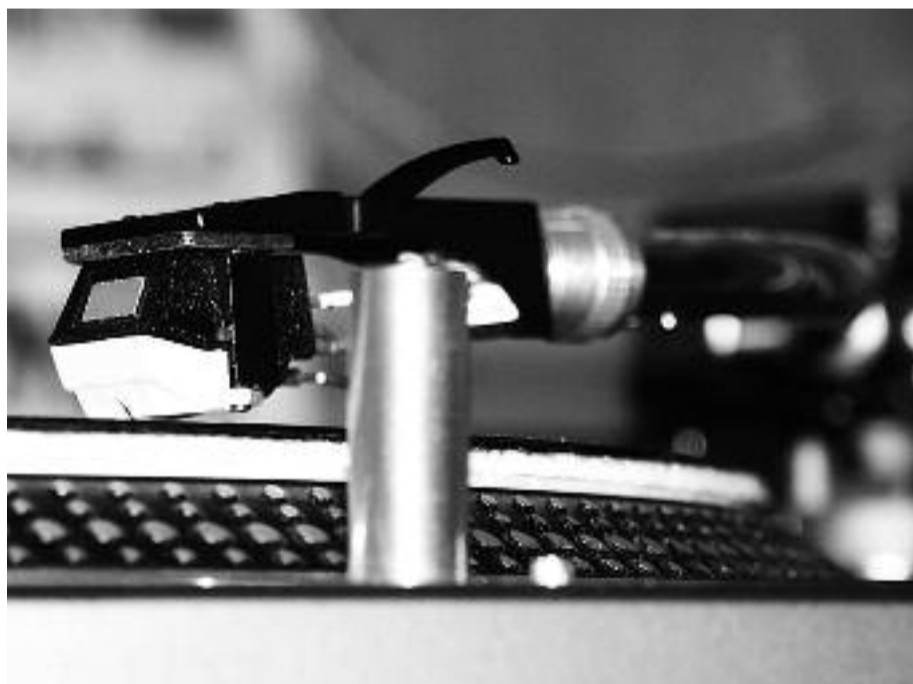
que el protagonista dejara caer tres gotas de vino sobre su diario. Después de todo, ¿qué sería de nosotros si no tuviésemos algo por resolver?

Las niñas alegres

Mi padre siempre me dijo que tenía que respetar a las mujeres, sobre todo si eran prostitutas. Y yo creía que mi madre era algo puta; consiguió casa, se dedicó a cocinar, limpiar y quedó embarazada cuatro veces. Así que aproveché una carta de mis tíos de Francia para salir del pueblo ni bien cumplidos los dieciocho. No fue por falta de fe, como acusaba el párroco; más bien todo lo contrario.

Detrás de la plaza estaba la estación de trenes. Mi madre lloraba, pero verla llorar era una costumbre, y no me sentí conmovido aunque la culpa era el leitmotiv que regía nuestras vidas. Papá dijo poca cosa: que me cuidara, que le mandase saludos a la familia de Montpellier. Era un hombre silencioso y cansado.

En el sur de Francia me esperaban mis tíos. No estaban casados y se cagaban en dios cuando se enojaban. Por las noches, cuando terminábamos de cenar, nos leían historias. Después, subía al primer piso con mis primos, Andreu y Verónica, a escuchar a George Brassens. La púa del tocadiscos estaba gastada y el sonido salía como si alguien le pusiera una almohada encima. La luz, el claroscuro mezclado con la música, transformaba la habitación. Andreu traía los cigarrillos que hurtaba y los compartíamos. Verónica se sentaba al otro lado de la vela que poníamos en un



plato en medio de los tres.

Mis primos me traducían las letras del cantautor y yo reía con cara de bobo. Andreu puso una aguja nueva y el sonido de la guitarra y el contrabajo traspasaba la madera de los instrumentos y se impregnaba en la madera del cuarto; podía sentir las vibraciones en el suelo, en los pies de la cama.

Una mañana me levanté y pasé frente al dormitorio principal. Allí estaba mi tía, desnuda, acostada boca abajo. Yo estaba paralizado admirando

una belleza nunca antes vista. Luego se giró inesperadamente. Vi sus pechos. No eran unos senos maternos, que dan y castigan al mismo tiempo, sino un par de promesas. Mi tía abrió los ojos y me observó por unos segundos con una sonrisa ambigua. Salí corriendo y me escondí en el baño. Pasado el susto, me masturbé.

Aquel día sentí vergüenza, pero nadie dijo nada de lo que pasó. Después de la cena, Verónica y yo subimos para cumplir con nuestro

ritual de verano. Andreu estaba enfermo y decidió dormir temprano. No había cigarrillos, solo la música, una vela y dos personas que sonreían al mirarse. Verónica me dijo que se sentaría junto a mí para explicarme en voz baja las letras del cantautor, pero metió su lengua en mi boca en cuanto estuvo cerca.

Terminó el verano y llegaba el momento de volver al pueblo. Mis tíos me dijeron que unos amigos podían hospedarme en París y que, tal vez, me encontrarían trabajo. Escribí a casa contándoles todo con emoción, pero imaginé a mamá llorando y a papá en silencio.

El primer polvo de mi vida llegó en París, de la mano de una mujer que tenía la edad de mi tía y la dulzura de mi prima en los labios. Me gustaba besarla aunque tuviera que pagarle terminado mi turno. Por aquella época, leía a D. H. Lawrence; "la mujer que no tiene nada de prostituta, ni siquiera una mirada, es lo más parecido a un clavo oxidado".

Unos años después, dudaba entre mudarme a Barcelona o regresar a mi pueblo, y me enteré de que George Brassens había muerto en Montpellier. Mi duda se disipó. Brindé por él y por las niñas alegres, agradecido por haberme ayudado a elegir la vida que quería vivir.

Guillermo Busutil (*Vidas prometidas*, Tropo Editores)

Estrella sin ley es el relato que abre el libro. La épica, ¿sigue funcionando?

Mi infancia, como casi la de toda la generación baby-boom, está marcada por el western. Le tengo mucho cariño a este relato porque tiene mucho de autobiográfico. De los ocho a los diez años, yo escribía novelas del oeste. Las vendía a quince pesetas en el recreo de Los Salesianos de Granada. Mis compañeros, incluso de clases mayores, venían a preguntarme cuándo iba a traer la próxima. La compraban entre varios y se la iban pasando. Cuando salíamos de clase nos íbamos a los billares y yo invitaba con el dinero que había ganado.

Mi padre me rompía las novelas porque pensaba que estaba perdiendo el tiempo. Era un gran lector, pero pensaba que eso de escribir no conducía a ninguna parte.

Hay una doble épica en este relato: el homenaje al western y la épica de mi vida. Lo elegí para empezar el libro porque me pareció una buena entrada. Lo que más cuesta en un libro de relatos es crear orden, la estructura.

Nos recuerda a *Raíces profundas* o a *El jinete pálido*. ¿Escribir consiste en contar lo mismo de otra manera?

Un aspirante a escritor le preguntó a Nabokov en un Congreso si podía darle un argumento para escribir una historia. Nabokov le dijo: Un hombre y una mujer se aman. El chico le dijo: Pero sobre eso ya se han escrito muchos libros. Y Nabokov respondió: Sí, pero unos son muy malos, otros muy buenos y aún queda mucho por escribir.

La metáfora, la asociación de ideas, también es un recurso importante, como hace usted en el relato *Shaw & Maciá*.

El gran debate de esta época es la conciliación entre la familia y el trabajo. Una familia donde los dos miembros de la pareja trabajan, y además tienen hijos, para que funcione hay que llevarlo como una empresa. También es una parodia.

Y expone una mecánica brutal...

Es que la vida es mecánica y es brutal. A la rutina hay que meterle chispa, pero es rutina. Si unes los conceptos de familia y empresa, no puedes decir que se va a romper por una tercera persona, sino por una OPA. Es lo que tiene que hacer un escritor, buscar asociaciones que generen extrañamiento, que no sean clichés.

Hay además denuncia en sus relatos. ¿La considera necesaria?



Una de las mayores promesas que se nos hace en la juventud respecto al mundo laboral es que, si tú eres un buen trabajador, te recompensan. Luego, en la realidad, eso no lo encuentras. Es lo que le ocurre al personaje de uno de mis cuentos, Víctor Poe.

Creo que la Literatura tiene que denunciar. Un escritor debe mirar de frente a su tiempo y tiene que ser audaz para criticar o enjuiciar los comportamientos o los estados.

*Hay una corriente ahora que a mí me sorprende mucho, más por los lectores que por los escritores, que es la del escapismo. El auge de la novela seudohistórica es un ejemplo. Si quiero leer una novela sobre la Edad Media, elijo *El otoño de la Edad Media*, de Johan Huizinga, que es un tratado con rigor académico y además está escrito con un sesgo literario. No me leo las de otros que se documentan en Wikipedia.*

Creo que uno tiene que escribir sobre su tiempo, con una mirada crítica y comprometida.

En *Gabinete Foreman* también da leña.

Es el relato más crítico. Todos imaginamos que a los políticos se les escriben los discursos, que hay gente en la sombra, pero hay una especie de pacto para que no se hable sobre eso. Cuando estuve tres años como director de comunicación traté de proyectar con mucha transparencia al político para el que trabajaba, pero en el gremio de los directores de comunicación política se utiliza la frase: "El síndrome de Frankenstein". Todos somos conscientes de ser el doctor, de que creamos una literatura. El

político que vemos en la pantalla tiene detrás un mecanismo de gente que escribe y dicta sus palabras.

En el relato quería contar esta trastienda con elegancia y sentido del humor. Cuando trabajas para el poder, y más en este momento que está tan tocado por la corrupción, es muy fácil ser corrompido.

¿Está de acuerdo con uno de sus personajes, que arremete contra el mundo de la literatura?

No siempre estoy de acuerdo con mis personajes, pero en este caso sí. El mundo literario es muy canalla. Priman los grupos de poder, las camarillas, los intereses comerciales y editoriales. Por ejemplo, el fenómeno Kronnen surgió de manera artificial porque había que apostar por gente joven. De esos jóvenes solo ha sobrevivido Ray Loriga. Los demás desaparecieron, han muerto porque eran un producto artificial. Es lo mismo que, en los últimos años, ha ocurrido con los Nocilla, un producto de laboratorio que tiene un éxito, pero ahora el grupo está dinamitado y todos reniegan de los principios fundacionales del Nocilla.

¿Qué papel juega la literatura en la educación?

*En mi relato *La siesta de Odiseo*, el abuelo le dice a la abuela: "Este niño está desafilado, por eso voy a hacer que lea". Hay que leer libros como educación. Los libros pulen, afinan, estoy convencido. A la gente que ha leído poco, se le nota mucho.*

En este cuento, y en otros de su libro, hay símbolos y alusiones a *La*

Odisea. ¿Por qué esta obra?

*La Odisea es el primer libro que me fascinó de niño. Me lo leyó mi abuelo Guillermo y creo que en esa obra está todo. La gente dice que en *El Quijote* está todo. Sí, pero antes estaba en *La Odisea*. Es un libro que se ha dejado de leer, por desgracia. En casi todos mis libros de relatos hay un homenaje a *La Odisea*.*

En *Flor en la ventana*, leemos: "Vivimos en un mundo cubista. Los detalles se han suprimido, imperan los tonos apagados y no hay sensación de profundidad en la mirada ni en las palabras". ¿Lo suscribe?

Pongo esa frase en boca del narrador, pero también son críticas mías. Me gusta el cubismo como movimiento pictórico, pero no como movimiento vital o sociológico. La profundidad ahora no existe, tampoco la perspectiva y la pluralidad. Todos son planos de composición de valores, de formas. En contraposición, hay otra frase del personaje: "La felicidad es mirar al mar sin hacerse preguntas". Lo contrario del cubismo sería la profundidad del mar, las múltiples perspectivas que puede dar la magnitud del horizonte.

¿Un relato debe ser como una ventana?

Exacto. Es una declaración de principios del género. Una novela es una puerta. Un relato, una ventana. No puedes contarlo o mostrarlo todo. Tienes que jugar con ese secreto dentro del secreto, permitir que el lector o lectora sea activo, que imagine o complete el relato.



Taller de Escritura Creativa



C/Sánchez Pastor, 1, 1ºD - 29015 Málaga
www.tallerparentesis.com
info@tallerparentesis.com
952 60 82 44



Periódico cultural gratuito
disponible también en internet
ISSN: 1989-1121
Depósito Legal MA-577-2008